

Torca de los Morteros IM.3 - IM.4

Quinto Piso (Red del Diluvio)

Nueva red profunda en la Torca de los Morteros (Imunía, Espinosa de los Monteros, Burgos)

Carlos Puch
G. E. Edelweiss y Club Bathynellidae

Tres décadas después de que fuera descubierta y explorada, la Torca de los Morteros ha vuelto a sorprendernos. En 2009 apareció una nueva red profunda que, en su parte inferior, desemboca en el mayor volumen subterráneo de la red*. Su exploración resultó amena y accidentada, como a continuación se relata.

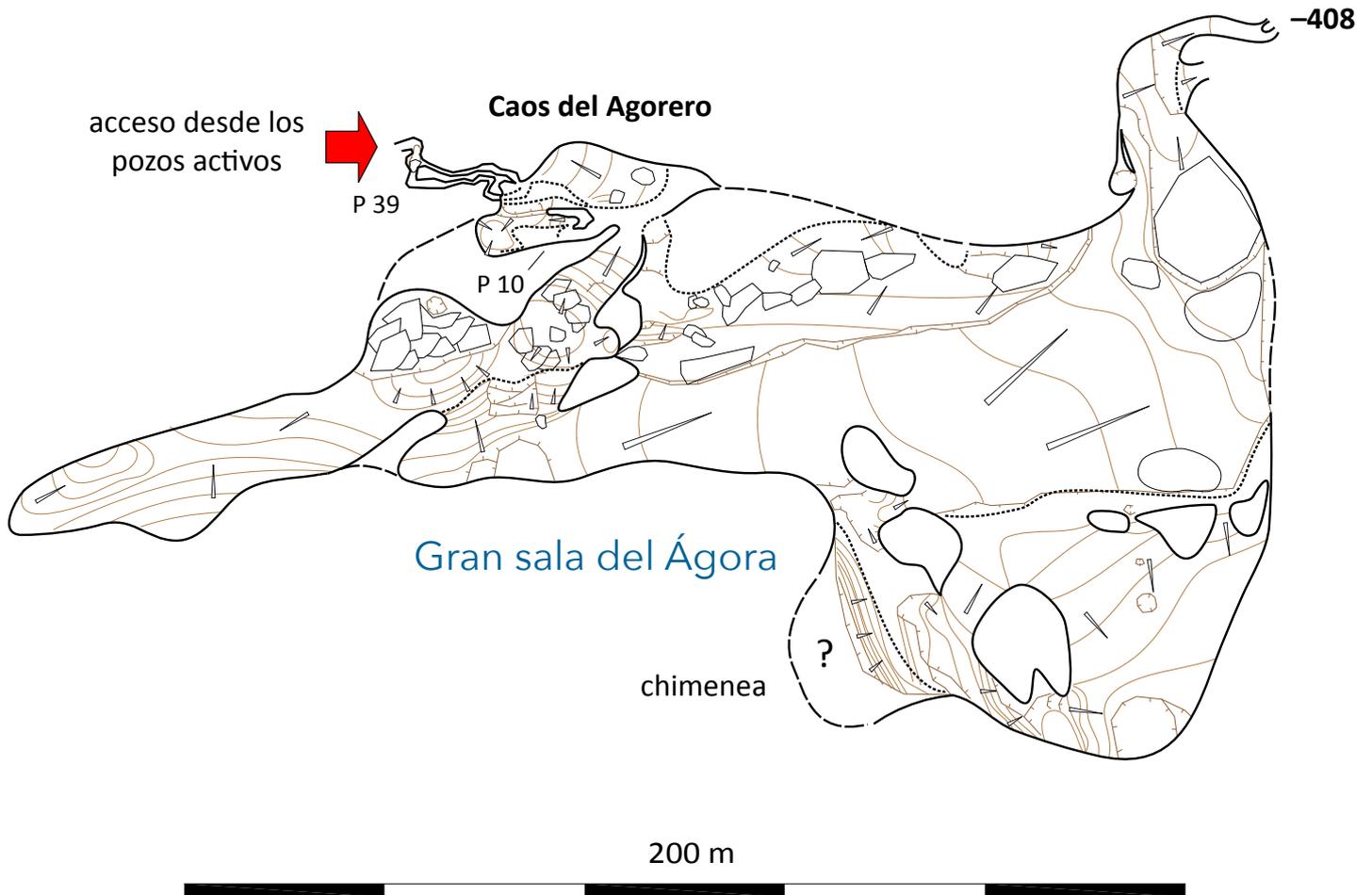
Treinta años después...

En noviembre de 2009, Javier del Álamo y algunos compañeros del Grupo Espeleológico Ribereño (Aranda de Duero) descubrieron, por casualidad, el discreto acceso a una empinada galería inexplorada, que desembocaba, al cabo de unos metros, en un pozo muy regado. La cantidad de agua presente les hizo desistir de intentar descenderlo. Dos años más tar-

de, en octubre de 2011, aprovechando el estiaje, decidieron regresar y atacar el pozo, que pudieron descender hasta una repisa amplia situada una veintena de metros más abajo, repleta de bloques inestables. Allí se detuvieron ante un vacío estimado en, al menos, 50 metros. La cosa parecía prometer (corriente de aire, agua abundante...). Ante la magnitud del hallazgo, Javi se puso en contacto con Miguel Ángel Martín, presidente del G. E. Edelweiss, y el autor de estas líneas, quien había tomado parte activa en el descubrimiento y la exploración de la gran red de la Torca de los Morteros, a partir de 1979.

Entre junio y octubre de 2012, en equipos ligeros, el autor y varios espeleólogos pertenecientes al A.D.E.S de Gernika, el G.E.R. de Aranda de Duero y la U.E.V.A. de Valladolid, descendimos hasta un exiguo pasaje ciego, a -406 m, y explo-

Torca de los Morteros - IM.3 - IM.4



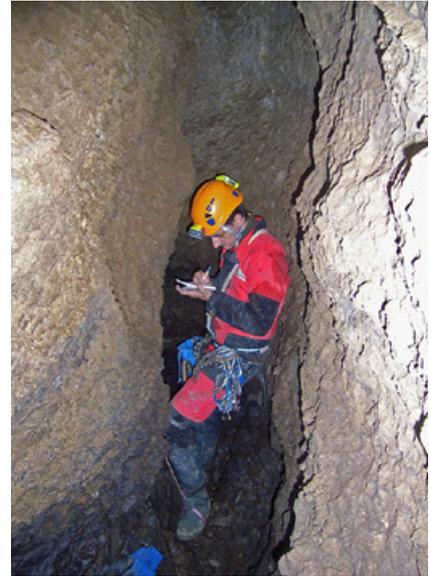
ramos dos vías laterales sin importancia, a -200 m. En octubre, durante un último ataque, mientras Javi del Álamo y yo topografiábamos las dos laterales y conectábamos una de ellas con la parte superior del Pozo de los Dinosaurios (P 78 m), Jaime Abad y Quique Gatón descubrieron, a través de un meandro que discurre por encima del acceso al último pozo de la red, un pasaje caótico espacioso totalmente inesperado (el “Caos del Agorero”). De salida, entre los cuatro desequipamos el primer tramo del pozo inicial (“Pozo Aranda”; 100 m) y dejamos instalado el resto de la sima pensando en volver al año siguiente. Lamentablemente, en 2013, por diversos motivos, nadie pudo acudir a continuar la exploración.

Llegó, así, el verano de 2014. En julio, Diego Dulanto y yo reequipamos el P 100 hasta el pasamanos. Ya en ese punto nos topamos con ciertos indicios preocupantes: la doble

cuerda estaba dañada. La inevitable ducha que acompaña al explorador justo en mitad de aquel largo asidero debió de incrementar su caudal en algún momento y arrastró piedras al tiempo que golpeó las cuerdas contra la roca. Por fortuna llevábamos unos metros de reserva y pudimos hacer un arreglo pasajero a fin de poder seguir descendiendo. Pero a -200 m la cosa se puso seria: al pie del P 32 m, en un lugar donde la instalación estaba suficientemente alejada del agua, descubrimos con gran alarma que la cuerda estaba destrozada en varios puntos y completamente segada justo antes del pozo de 5 m que precede al de los Dinosaurios. Con ayuda de unos pocos metros que pude recuperar en el acceso a una de las vías laterales exploradas en 2012, realicé una instalación de fortuna para descender el P 5 m, pero no pude alcanzar la cabecera del P 78 m.



Diego en la cabecera del escarpe de 3 m, al pie del pozo Aranda.
FOTO: Carlos Puch



Javi topografía el meandro terminal, antes del P 10 m. FOTO: Carlos Puch

A mediados de agosto volvimos, pues, a la sima Diego, Roberto García y yo, provistos de material suficiente para rehacer el pasamanos del P 100 m y cambiar la cuerda en la base del P 32 m. Pero en la cabecera del P 78 m vimos con estupor que los nudos de inicio de la instalación también estaban destrozados por efecto de la fricción con la pared. ¿Qué clase de crecidas se producen en esta sima, que hasta en la parte alta de los pozos a salvo del agua el material queda expuesto a la violencia de las crecidas? Invidados de una inquietud mal disimulada y conscientes de que el aspecto amable de la cueva se había esfumado de golpe, decidimos que tendríamos que regresar más adelante con cuerda nueva y, muy probablemente, rehacer parte de la instalación.

Unas semanas después, en octubre, en pleno estiaje, Jaime y Quique, conocedores de los recientes avatares en la sima, lanzaron un ataque relámpago utilizando cuerdas de 8 mm \varnothing y aprovechando los tramos de la equipación original que no estaban dañados (en particular los anclajes, las placas y los maillones, todos inoxidableables). Por encima del Caos del Ago-

rero, trepando una pendiente de bloques, descubrieron una sala inmensa, que recorrieron en su totalidad sin hallar continuación. Al salir retiraron todas sus cuerdas. La red quedaba, una vez más, a la espera de acontecimientos.

Y los acontecimientos se produjeron, y de qué modo, en el invierno y la primavera siguientes. Cuando en agosto de 2015 Roberto y yo retornamos a la cavidad, descubrimos consternados un tremendo hundimiento que se había producido justamente en el pasaje de acceso a la nueva red. Un derrumbe en equilibrio muy precario lo obstruía por completo; una gatera de apenas unos decímetros de altura que servía de acceso alternativo era, ahora, un túnel transitable en cuclillas; la pendiente anterior al Pozo Aranda era un caótico acúmulo de bloques móviles...

Un formidable cataclismo, provocado seguramente por una crecida fenomenal –y tal vez, también, por algún movimiento sísmico de los que han afectado a la región recientemente–, había desmantelado la galería inicial, convirtiendo el acceso a los pozos en una peligrosa trampa. (Este aconte-



Rebeca, el autor y Javi, al pie del P 10 m final, el día en que se alcanzó el fondo.
FOTO: Carlos Puch



El Caos del Agorero. FOTO: Carlos Puch, Diego Dulanto

cimiento probablemente estuvo relacionado con las espectaculares reexcavaciones que tuvieron lugar en algunas galerías de Ojo Guareña en aquellas mismas fechas; consultar la web del G.E.E.).

Con la moral por los suelos y la mayor de las incertidumbres, hubimos de recluir y comenzamos a valorar una posible nueva estrategia para, eventualmente, habilitar un acceso, reequipar por completo los pozos, descender a topografiar la gran sala y desequipar a toda velocidad.

Llega 2016. Con más de seis décadas a cuestas, uno siente que las cosas cobran una magnitud que abrumba como quizás no lo hubiera hecho en el pasado. Si a ello se añade la escasez de efectivos dispuestos a embarcarse en este tipo de empresas, el panorama es desolador. Por fortuna existen personas como Roberto, para quienes las dificultades, lejos de constituir un motivo de arredro, son un acicate. Así pues, tras sesudas deliberaciones, el buen Roberto decide acometer el reto, consciente de que gran parte del peso recaerá directamente en él. Para empezar, durante el invierno, una vez despejado el pasaje de los bloques “manejables”, instala una malla de contención del derrumbe y un sistema para canalizar el agua fuera del pozo. Seguidamente, en verano, reinstala las verticales y alcanza, en compañía de Ramón Alegre, Antonio Díez “Pedrete” y Jaime Ortiz, la gran sala terminal. Los exploradores constatan, tal como Jaime Abad y Quique habían anunciado, que al fondo de la sala no existe ninguna continuación. Sólo falta, pues, concluir la “topo” y desinstalar. A esa tarea nos unimos Diego y yo a finales de julio, dando por terminados los trabajos el sábado 23.

La nueva red

Si atendemos a la disposición altitudinal de las partes que conforman el complejo Torca de los Morteros – Cueva de Imunía, el fondo de esta nueva red constituye, en rigor, un quinto piso. El desarrollo horizontal y las dimensiones de los conductos encontrados a esa profundidad son por completo inéditos y cuestionan las hipótesis que hasta ahora nos planteábamos en relación con la génesis de la cavidad. En efecto, los mayores volúmenes se localizaban anteriormente en los conductos subhorizontales de los dos primeros pisos (a 1225 y 1250 m de altitud media, respectivamente) y en el enrejado del cuarto piso (a unos 1050-1150 m alt.). Las redes profundas exploradas en el pasado (800-900 m alt.) consisten, esencialmente, en meandros y conductos activos de talla muy modesta y escaso desarrollo horizontal, bastante más recientes que las grandes galerías mencionadas.

Pero lo que a Jaime y Quique se les antojó en 2014 el posible inicio de un enrejado de vastos conductos inactivos y, tal vez, el acceso al esquivo colector subterráneo del complejo, a 800-900 m de altitud, concluye sin pena ni gloria en un tremendo y sin duda curioso recinto, la “Sala del Ágora”. Aquel extraño antro podría muy bien asimilarse a un laminador descomunal. La escasa altura de su bóveda lisa, adaptada al estrato (2,5-3 m por término medio; 10 m en algunos puntos), y las dimensiones horizontales del recinto (250 x 100 m) lo convierten en un espacio singular –y, hasta cierto punto, agobiante–. ¿Cómo demonios se sustenta aquel inmenso techo plano, sin columnas o apoyos intermedios? La pregunta provoca curiosidad no exenta de inquietud en el explorador.



Vista parcial de la Sala del Ágora. FOTO: Carlos Puch, Diego Dulanto

Llegar hasta allí abajo exige descender un rosario de pozos muy activos y obviamente limpios (¡cómo no iban a estarlo!), que requieren de una instalación bastante atlética para evitar cualquier contacto con el agua.

El pozo inicial, de 100 metros (Pozo Aranda), tiene tres rellanos. El primero y más amplio es una plataforma de bloques situada a -25 m. Por un costado, a través de una abertura en el muro, es posible esquivar la cascada y los bloques a través de un pozo paralelo semiactivo que arranca allí mismo y desemboca nuevamente en el conducto principal, a la altura del segundo rellano. Es aquí donde un pasamanos largo nos aleja hasta acceder a un tramo vertical, a salvo del agua, de algo más de 50 metros. Al pie del mismo, una rampa de piedras y bloques pequeños recorrida por el agua conduce hasta un resalto de 3 metros, que antecede a un P 32 aéreo. Fue en la base de éste donde descubrimos con estupor los peores estragos provocados por la cascada sobre el material.

Sin apenas solución de continuidad, el torrente se precipita en un P 5 m que, casi de inmediato, desemboca en el Pozo de los Dinosaurios (P 78 m), así bautizado en homenaje a sus primeros exploradores (Diego y un servidor), quienes, a la sazón, sumábamos 116 años en el momento del hallazgo, en agosto de 2012. Bajo este pozo se desarrolla un bonito meandro activo descendente, muy cómodo, en cuyo fondo discurre el torrente, que adquiere aquí cierta entidad. Un centenar de metros más adelante alcanzamos el pozo del Mirador (P 39 m), acampanado y con una inigualable perspec-

tiva sobre la última cascada y la poza que se forma al pie de ella. En 2012 llevé la instalación de cabecera hasta una distancia apropiada para eludir el agua (unos 5 m), pero, visto lo visto, en 2016 Roberto atravesó por encima el pozo, siguiendo una cornisa de roca deleznable, hasta alcanzar un lugar completamente seco y a salvo del torrente, en la extremidad opuesta del conducto (a unos 12 m).

Al pie de esta vertical arranca el meandro antaño terminal, que desemboca en un pozo de 10 m situado por debajo de un caos de grandes bloques (Caos del Agorero). Tras él, y luego de una rampa de piedras y arena, se localiza el exiguo conducto que en 2012 puso término a nuestra exploración, a 406 metros de profundidad.

Al comienzo mismo del meandro, una pequeña trepada —o, alternativamente, un paso horizontal en travesía— permite alcanzar un nivel superior antiguo del mismo, donde hay un depósito nada despreciable de hojas muertas de haya, cuya presencia a tal profundidad no deja de sorprender. Ese tramo superior, tapizado de antipático barro, remonta y se prolonga hasta alcanzar, tras una breve trepada, el inicio de un voluminoso conducto ocupado por bloques de talla generosa. Es justamente el derrumbe que podíamos contemplar desde abajo en el último pozo de 10 m. Javi lo bautizó entonces como “el Caos del Agorero” a raíz de unas palabras que a la sazón pronuncié, relacionadas con el mal fario que producía la contemplación de aquel amenazante Damocles desde nuestra posición inverosímil al pie del P 10 m, y su pinta es-



2014: efectos de la cascada en la cuerda, al pie del P 32 m. FOTO: Carlos Puch

casamente prometedora, después de unos pozos tan limpios.

Y, en realidad, el agorero se equivocó —me equivoqué—, pues lo que se tropieza el explorador una vez que trepa hasta la cima del derrumbe y penetra por un orificio anodino entre bloques es algo tan completamente inesperado como irreal: un soberbio laminador descendente que se hunde más y más en las profundidades, cuyo techo amenaza desplomarse en cualquier momento y sepultar al incauto. La perspectiva

es algo extraña, y cuesta trabajo aprehender las verdaderas dimensiones del antro*, pues tanto el techo como el piso de roca presentan escalones y roturas que dividen el espacio en varias estancias coalescentes. Cómo se ha originado ese tremendo recinto es un misterio, que abre nuevas e inesperadas posibilidades en las entrañas de aquel monte pasiego a caballo entre Burgos y Cantabria

* *La mayor sala en subsuelo burgalés, con algo más de 14.700 m² de superficie.*

Participantes en los trabajos: Diego Dulanto (A.D.E.S.); Jaime Abad, Javier del Álamo, Rebeca Fuertes, Fernando del Val y Esteban Velázquez (G.E.R.); Enrique "Quique" Gatón y Tomás "Tomy" Martín (U.E.V.A.); Roberto García, Ramón Alegre, Antonio Díez "Pedrete" y Luis Román (G.E.E.); Carlos Puch (G.E.E. - BAT).